



MENSAJE PARA EL TIEMPO DE PASCUA DE JOSÉ IGNACIO FIGUEROA
CONSILIARIO NACIONAL DE VIDA ASCENDENTE



José Ignacio Figueroa



El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad

En esta carta que nos envía Nacho, nos muestra el origen de los pilares que sustentan nuestro movimiento.

Es el Espíritu que Jesús dejó entre nosotros, que nos anima, nos alienta y nos lleva por la vida.

Álvaro Medina
Presidente de Vida Ascendente



El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad

Pentecostés 2020

Hace unos meses se incorporó al equipo de sacerdotes de mi parroquia el P. Denis, congoleño, cuyo primer objetivo este curso era, lógicamente, aprender la lengua española, por lo que de vez en cuando nos sorprende con preguntas que tenemos que pensar muy bien antes de responder, dado que no solemos cuestionarnos los porqués de nuestra lengua materna. Hace unas semanas, cuando aún no celebrábamos las misas con pueblo, decidimos al menos que los cuatro sacerdotes que nuestra salud nos permitía escaparnos un ratito de casa celebrásemos juntos la misa con las vísperas de este tiempo pascual. Pues bien, cuando estábamos desvistiéndonos en la sacristía después de la misa, el P. Denis nos preguntó: «¿cuál es la diferencia entre “gozo” y “alegría”?». Os podéis imaginar que nuestra primera respuesta fue: «ninguna». Pero no nos quedamos contentos con ello... alguna diferencia debía haber... Y se me ocurrió decir: «yo no digo nunca “estoy gozoso”, sino “estoy alegre”, luego parece que el gozo es una emoción o un sentimiento de carácter íntimo, y la alegría es más bien la expresión externa del gozo interior». Ahí quedó la cosa, pero haber tenido que pensar sobre esto, me ha llevado a entender la Pascua que estamos concluyendo desde otra perspectiva.

La Iglesia este año no ha podido expresar como acostumbra la alegría por la resurrección del Señor. Cada uno hemos vivido en un cenáculo particular el acontecimiento de la Pascua, encerrados — confinados—por miedo no a los judíos que habían matado a Jesús, sino a los virus que se han llevado por delante a familiares, amigos y vecinos de todo el mundo, y esto nos ha provocado que la alegría Pascual no se haya proclamado. Ha sido una pascua silenciosa, donde los aleluyas cantados se han transformado en ‘tuits’ reenviados una y otra vez; de alguna manera, hemos vivido un gozo íntimo que no se ha transformado en alegría desbordante.

Pero no olvidemos que el gozo del Resucitado es lo que hizo que cincuenta días después de la Pascua los discípulos volviesen al Cenáculo para recibir el don del Espíritu Santo y abrir las puertas para anunciar que Cristo estaba vivo, «empezando por Jerusalén y hasta los confines de la tierra» (cf. Hech 1, 8). Fue ese gozo interno el que, como hemos ido recordando en la lectura continuada de los Hechos de los Apóstoles, a pesar de tanta persecución, cárcel y latigazos, aquellos valientes siguiesen anunciando con gozo a Aquel por quien «vivimos, nos movemos y existimos» (cf. Hech 17, 28). Es el gozo pascual el que hoy, dos milenios después, debe seguir siendo impulso evangelizador para todos los que formamos parte de esta familia de Vida Ascendente.

Estoy seguro de que cuando el gobierno fue anunciando que cada provincia iba pasando a la tan deseada «fase 1», nuestro gozo se transformó en alegría al pensar que ya podíamos abrir las puertas de nuestros cenáculos para compartir un intercambio de miradas —ya llegarán los abrazos— con hijos, nietos y seres queridos. Y es que compartir cenáculo, abrir las puertas de nuestras casas, es algo que llevamos en nuestro ADN y que se hace más necesario cuantos más años tenemos.

En el Congreso «La riqueza de los años» celebrado en Roma a finales de enero, el Card. Tolentino de Mendoza, poniendo en relación nuestra condición de mayores con la



experiencia de aquel anciano Abraham, nos hablaba del valor de la hospitalidad, de esa “apertura de cenáculos” propia de la tercera edad, y concluía: «es importante que en la hospitalidad, en el servicio y en la donación perciban que no han pasado en vano por nuestro lado. La Iglesia necesita que los ancianos se conviertan en maestros de hospitalidad». Es interesante la expresión. Volviendo a la época apostólica, los que les veían y escuchaban, no quedaban indiferentes, percibían que no habían “pasado en vano por su lado”. Pido a Dios que en esta época ‘post-covid’ que nos sobreviene, los mayores dejemos de ser invisibles para quienes pasan por nuestro lado y seamos maestros de hospitalidad en un mundo que ha sentido y vivido la soledad como un arma de destrucción masiva.

Pentecostés es la fiesta del Apostolado Secular, nuestra fiesta, en cuanto a partícipes de la misión de la Iglesia y en cuanto a Movimiento laical que tiene como pilar, junto a la amistad y la espiritualidad, el apostolado. Somos apóstoles con experiencia vivida en un mundo a evangelizar. Este reto nos hace sentirnos un poco como el profeta Jeremías, quien desde su debilidad se pregunta: «¿cómo voy a profetizar si apenas soy un niño?» Pero no lo olvidemos: «el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad» (Rom. 8, 26).

El Papa Francisco, con motivo de la fiesta de la Ascensión del Señor, animaba en estos tiempos nuevos a los responsables de las Obras Misionales Pontificias a vivir en profundidad las claves evangélicas que siempre han acompañado la predicación de la Iglesia y que, en este tiempo en que nos planteamos una renovación de nuestro Movimiento y la colaboración en la puesta en marcha en nuestras diócesis de una auténtica Pastoral del Mayor, nos pueden venir muy bien.

Al comienzo de su mensaje, el Papa, comentando Gál 5, 22 habla de ese gozo interno que vivían los Apóstoles, y que «no es el efecto de unas emociones que satisfacen y alegran (...). Recibir el gozo del Espíritu Santo es una gracia. Y es la única fuerza que podemos tener para predicar el Evangelio (...). Un gozo como ese no nos lo podemos dar nosotros solos». Después, como ya había hecho en la Exhortación Evangelii gaudium, Francisco nos anima a ahondar en la esencia de la misión.

A menudo se nos acuda de tratar de ‘captar’ adeptos para nuestra causa, para nuestro movimiento, para nuestras pequeñas capillas, se trata de ‘atraer’ no de captar: «el misterio de la Redención entró y continúa obrando en el mundo a través de un atractivo que puede fascinar el corazón de los hombres y de las mujeres, porque es y parece más atrayente que las seducciones basadas en el egoísmo, consecuencia del pecado (...). Cuando uno sigue a Jesús, contento por ser atraído por Él, los demás se darán cuenta y podrán asombrarse de ello. La alegría que se transparenta en aquellos que son atraídos por Cristo y por su Espíritu es lo que hace fecunda cualquier iniciativa misionera».

Hemos de entrar, por otra parte, en una dinámica de «gratitud y gratuidad». En encuentro, la vocación y la misión de los apóstoles surge por iniciativa gratuita de Dios a la que ellos responden también gratuitamente: «la predilección amorosa del Señor nos sorprende, y el asombro —por su propia naturaleza— no podemos poseerlo por nosotros mismos ni imponerlo. No es posible “asombrarse a la fuerza”. Sólo así puede florecer el milagro de la gratuidad, el don gratuito de sí. Tampoco el fervor misionero puede obtenerse como consecuencia de un razonamiento o de un cálculo. Ponerse en “estado de misión” es un efecto del agradecimiento, es la respuesta de quien, en función de su gratitud, se hace dócil al Espíritu Santo».



El Papa señala como otra virtud central de quien anuncia el Evangelio la humildad: «si la verdad y la fe, la felicidad y la salvación no son una posesión nuestra, una meta alcanzada por nuestros méritos, entonces el Evangelio de Cristo se puede anunciar solamente desde la humildad (...). No se puede ser humilde por buena educación o por querer parecer cautivadores. Se es humilde si se sigue a Cristo, que dijo a los suyos: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”».

Cuando somos jóvenes tratamos de que todo salga adelante con nuestras fuerzas, aquí y ahora. Si hay algo que los años nos enseñan es a ser pacientes, como Dios lo es con nosotros, como Jesús lo era con los suyos: «un pequeño paso, en medio de las grandes limitaciones humanas, puede alegrar el corazón de Dios más que las zancadas de quien va por la vida sin grandes dificultades. Un corazón misionero reconoce la condición actual en la que se encuentran las personas reales, con sus límites, sus pecados, sus debilidades, y se hace “débil con los débiles”».

Otro rasgo del buen evangelizador y que define nuestra acción pastoral en Vida Ascendente es la cercanía en la vida “cotidiana”. Francisco nos hace caer en la cuenta de que la pedagogía de Jesús y, por tanto, la de la Iglesia ha de ser esta: «el anuncio de salvación de Jesús llega a las personas allí donde se encuentran y así como son en la vida de cada día. La vida ordinaria de todos, la participación en las necesidades, esperanzas y problemas de todos, es el lugar y la condición en la que quien ha reconocido el amor de Cristo y ha recibido el don del Espíritu Santo puede dar razón a quien le pregunte de la fe, de la esperanza y de la caridad. Caminando juntos, con los demás».

Es casi un estribillo que se repite cuando hablamos con los animadores de nuestros grupos: “yo creía que iba al grupo a dar, y resulta que recibo más de lo que doy. Son ellos los que me enseñan y me aportan a mí”. Esto es vital en la misión de la Iglesia: «la acción del Espíritu Santo concede al Pueblo de los fieles un “instinto” de la fe —el *sensus fidei*— que le ayuda a no equivocarse cuando cree lo que es de Dios, aunque no conozca los razonamientos ni las formulaciones teológicas para definir los dones que experimenta. Es el misterio del pueblo peregrino que, con su espiritualidad popular, camina hacia los santuarios y se encomienda a Jesús, a María y a los santos; que recurre y se revela connatural a la libre y gratuita iniciativa de Dios, sin tener que seguir un plan de movilización pastoral».

Por fin, el Papa señala como otro elemento central de la acción pastoral de la Iglesia la predilección por los pequeños y por los pobres: «las personas directamente implicadas en las iniciativas y estructuras misioneras de la Iglesia no deberían justificar nunca su falta de atención a los pobres con la excusa —muy usada en ciertos ambientes eclesíasticos— de tener que concentrar sus propias energías en los cometidos prioritarios de la misión. La predilección por los pobres no es algo opcional en la Iglesia».

Hemos vivido, y seguimos viviendo, momentos de debilidad, de despedidas de amigos y compañeros del Movimiento, de soledad y aislamiento... Cuánto hemos agradecido esas llamadas de compañeros del grupo, de animadores, de nuestro sacerdote amigo, y cuánto hemos echado de menos nuestras reuniones semanales, nuestras lecturas compartidas del evangelio del domingo, los guiones compartidos sobre la oración. Si Dios quiere todo eso irá volviendo, podremos volvernos a reunir e incluso a abrazarnos y a unir nuestras manos para rezar el padrenuestro. De momento, lo que nos toca es orar pidiendo que el Espíritu nos siga manteniendo en el gozo de la Pascua y que nos permita que un día podamos abrir nuestras



puertas al hermano, para darle gratis lo que gratis hemos recibido, para acogerle como uno de los nuestros y compartir experiencias de fe y de esperanza, acertando, con la gracia de ese Espíritu que viene en ayuda de nuestra debilidad, a provocar en él un encuentro con quien da sentido a nuestras vidas y hace de nuestras casas un cenáculo de amor y alegría.

Feliz Pascua de Pentecostés.

José Ignacio Figueroa,
Consiliario Nacional